

## La polémica romántica italiana sobre el problema de la traducción

María José Calvo Montoro  
Universidad de Castilla-La Mancha

En el marco de las discusiones sobre el problema de la lengua que se desarrollan en Italia durante el siglo XVIII,<sup>1</sup> se plantean los primeros presupuestos de la polémica sobre la traducción literaria que más tarde se llevará a cabo en las primeras décadas del XIX.

Uno de los teóricos que inició este debate fue Melchiorre Cesarotti, traductor e ilustrador de los poemas de Ossian, entre 1762 y 1772, que propone “riumanare i Greci divinizzati” con la traducción en prosa de la *Ilíada* (publicada entre 1786 y 1794) y una segunda versión en verso libre titulada *La morte di Ettore* de 1795. Sus reflexiones sobre la traducción aparecen en el ensayo *Saggio sulla filosofia delle lingue*<sup>2</sup> escrito en 1785. Se puede decir que este ensayo tiene un gran valor documental, pues es imprescindible para entender los planteamientos culturales italianos durante la época de transición entre *Illuminismo* y Romanticismo.

La propuesta de Cesarotti consiste en el abandono del tiránico argumento de autoridad y de la obligada remisión a los clásicos que habían caracterizado la literatura italiana durante el XVIII. De hecho, su visión prerromántica se materializa en la traducción de los poemas de Macpherson-Ossian, pues con ellos propone una nueva estética comparable a la fuerza poética de la épica homérica, que había sido punto de referencia obligado para los poetas del *Settecento*.

Respecto al problema de la traducción, se puede afirmar, con palabras de Mario Puppo, que

con i poemi ossianici il Cesarotti si propose di riprodurre lo spirito più che il significato letterale, e per mezzo di essa, non solo introdusse nella letteratura italiana forme nuove di sensibilità, ma foggì parecchi moduli letterari, di cui dovevano valersi grandi poeti d'ispirazione romantica come il Foscolo e Leopardi.<sup>3</sup>

Asimismo, con las traducciones de la *Iliada* en prosa y en verso se propone seleccionar lo que es eterno de la poesía homérica y desechar sus aspectos más caducos, pues creía conveniente reescribir el poema clásico adaptándolo a su tiempo como si hubiera sido obra del mismo Homero. Este planteamiento se verá superado por el respeto romántico de los valores históricos que caracteriza la traducción de Foscolo.

La consigna que Cesarotti transmite a los traductores es que se verán obligados a “dar la tortura alla sua lingua per far conoscere a lei stessa tutta l'estensione delle sue forze” y así se comporte como

un atleta ben addestrato a tutti gli esercizi della ginnastica, che sa trar partito da ognun de' suoi membri, e si presta ad ogni movimento più strano così agevolmente, che lo fa sempre parere il più naturale, anzi l'unico.<sup>4</sup>

Foscolo escribe el texto “Intendimento del traduttore” como introducción a su *Esperimento di traduzione della Iliade*<sup>5</sup> en el que expresa sus ideas acerca del problema de la traducción. Dedica el libro a Vincenzo Monti, al que admira porque ha realizado la versión del poema homérico sin utilizar la gramática griega y, por tanto, guiado por su “intelletto altamente spirato dalle Muse”, como afirma en su dedicatoria. Por lo contrario, manifiesta que no está de acuerdo con la traducción de Cesarotti porque considera que se trata más bien de una imitación y que esta forma de actuar podría llevar a pensar que la lengua italiana no es capaz de “assumere le virtù di Omero”.

Con su traducción de la *Iliada*, trata de demostrar que se puede hacer una traducción respetando las imágenes, el estilo y la pasión del original. Para corroborarlo, Foscolo compara su versión con la de Cesarotti y la publica junto a la suya con una serie de comentarios y anotaciones en los pasos que él propone traducir de forma diferente.

Foscolo defiende los valores individuales del traductor dentro de una visión ya puramente romántica. Además, desde su perspectiva nueva, como poeta del momento, dice:

Per la passione, elemento più necessario degli altri, e così universalmente diffuso nell'Iliade, s'io lascerò freddi i lettori, non sarà colpa dell'incertezza del gusto nè delle storie, ma tutta mia e della natura del mio cuore, del cuore che nè la fortuna nè il cielo nè i nostri medesimi interessi, e molto meno le lettere, possono correggere mai nei mortali.<sup>6</sup>

Al final de su comentario, Foscolo se refiere a la traducción de los poemas de Ossian de Cesarotti en términos muy innovadores, pues destaca lo estimulante que ha sido su publicación para la poesía italiana que, de no ser por traducciones como ésta, “giacerebbe ancora sepolta con le ceneri di Torquato Tasso”.<sup>7</sup> Con esta constatación se está manifestando como un defensor de las ideas que años más tarde expondrá Madame de Staël.

De hecho, en enero de 1816 aparecerá el mayor desencadenante de la polémica: la publicación de la carta “Sulla maniera e la utilità delle Traduzioni” traducida al italiano y publicada en la *Biblioteca Italiana*.<sup>8</sup> En esta carta la baronesa defiende la necesidad de la traducción como efecto beneficioso para la literatura como ya había apuntado Foscolo. Después de analizar el tratamiento de este problema en Francia, Alemania e Inglaterra y afirmar que la lengua italiana es la que mejor se adapta al espíritu homérico, lanza una invitación a los italianos para que traduzcan las poesías más recientes escritas en inglés y en alemán y así poder

mostrare qualche novità a' loro cittadini, i quali per lo più stanno contenti all'antica mitologia: nè pensano che quelle favole sono da un pezzo anticate, anzi il resto d'Europa le ha già abbandonate e dimenticate.[...] Havvi oggidì nella Letteratura italiana una classe di eruditi che vanno continuamente razzolando le antiche ceneri, per trovarvi forse qualche granello d'oro.<sup>9</sup>

Esta exhortación produjo una gran irritación entre muchos italianos que, tradicionalmente, se consideraban la salvaguardia del saber clásico. Asimismo, hay que destacar que una tal reacción se vio favorecida por los tintes nacionalistas que también aportaba el mismo movimiento romántico.

Entre todas las respuestas en contra, hubo una especialmente significativa, pues apareció unos meses más tarde en el número de abril de la revista que había publicado el texto de Madame de Staël. Era la contestación de un italiano muy molesto que prefirió mantenerse en el anonimato y que justificaba su intervención dirigiéndose con estas palabras a los responsables de la publicación acerca de la carta de la baronesa: “Vi dirò dunque schiettamente, sapere io di certissimo e da ogni parte d'Italia insorte molte contraddizioni al discorso”.<sup>10</sup>

Continúa su carta manifestándose en contra del abandono del canon clásico de los griegos y los romanos y achaca a su ignorancia gran parte de la mediocridad de las letras italianas. Sin embargo, a continuación, rebate frontalmente el consejo de Madame de Staël y se pregunta si es tan conveniente y ‘honorable’ dedicarse a “le traduzioni de ‘poemi e de’ romanzi oltremontani”<sup>11</sup> para enriquecer la literatura italiana. Responde que no, que piensa lo contrario y reitera que la razón fundamental de la falta de calidad literaria, precisamente, consiste en la voluntad imitadora de ciertos escritores que toman como referente poético a los autores ingleses o alemanes.

Considera que estas literaturas nórdicas no pueden favorecer a la italiana y que es imposible que las ideas y la fantasía de esos países se puedan entremezclar con las italianas, pues no sólo son inconciliables, sino que su influencia ha producido en Italia resultados desastrosos:

Ognuno ponga mente come si scriva in Italia, dappoichè vi regna Ossian; dietro cui è venuta numerosa turba di simili traduttori. E bello è che questi appassionati di Milton,

o di Klopstok, non conoscono poi Dante, e non conosciuto lo disprezzano: cosa che fa ridere e gl'Inglesi e i Tedeschi.<sup>12</sup>

Por tanto, la solución para evitar tales males es la de mantenerse atentos al estudio de los clásicos:

Studino gl'Italiani ne' propri classici: e ne' Latini e ne' Greci; de' quali nella italiana più che in qualunque altra letteratura del mondo possono farsi degli' innesti; poichè ella è pure un ramo di quel tronco; laddove le altre hanno tutt'altra radice: e allora parrà a tutti fiorita e feconda.<sup>13</sup>

Madame de Staël contesta inmediatamente al italiano anónimo desde las páginas de la *Biblioteca Italiana*,<sup>14</sup> y defiende su postura asegurando, por ejemplo, que un erudito como Dante, si reapareciera en el mundo, se ocuparía de conocer cualquier estudio que le pudiera procurar ideas y conocimiento, porque conocer la cultura extranjera no quiere decir imitarla, sino servirse de ella para enriquecer la propia. A continuación dice que tampoco se deben olvidar las raíces ni se debe desconocer el mundo clásico; de hecho, apunta que los hombres de letras alemanes o ingleses son los primeros que, además de estudiar las obras en otras lenguas modernas, no desechan el estudio de los griegos y los latinos, lo que no les impide tener una literatura original.

No omite una crítica contundente contra ciertas costumbres italianas como reunirse para ir al teatro o alrededor de la mesa de juego, lo que considera muy poco estimulante para desarrollar las facultades intelectuales.

Asimismo denuncia que en Italia no se estimula la labor de traducción y recuerda la empresa de un hombre de letras florentino que se propone traducir todo Shakespeare, hecho que no ha sido muy estimado entre sus compatriotas.

Con estas palabras, Madame de Staël está defendiendo una apertura intelectual que presentaba todas las características de la modernidad, pero su propuesta chocó con un tipo de intelectual que se regía por el espíritu que había sido el baluarte de la identidad italiana: la de considerarse los dignos herederos de la cultura clásica preservándola de cualquier contaminación bárbara.

Otra de las voces que se manifestó en contra de la propuesta de Madame de Staël fue la de Leopardi, que no dudó en enviar una carta a la *Biblioteca Italiana*. Sin embargo, aunque los redactores de la revista no la publicaron y, por tanto, no pudo contribuir directamente a la polémica del momento, es muy interesante tenerla en cuenta para profundizar en el sentido de la discusión.

Ante todo, Leopardi expresa la voluntad de no callar su nombre porque no le parece “cosa da uomo magnanimo quel combattere sempre a visiera calata”.<sup>15</sup> Respecto a las múltiples reacciones que había provocado la segunda carta de Madame de Staël, dice que sólo le hicieron reír, pues tacha de fanáticos a quienes se sintieron ofendidos por ella. Pero, a continuación, afirma

que está totalmente de acuerdo con el “Italiano col tuono dall’uomo da senno” al que la autora de la provocación sí había querido contestar, cosa que no hizo con “le frasche con che molti hanno creduto perseguitarla”.<sup>16</sup>

Leopardi tacha de inútil el consejo de abrirse a las letras extranjeras, pues considera que conocerlas, aunque a primera vista no lo parezca, comporta su imitación. Por tanto, no es, según el poeta, “un sacro orrore” lo que sienten los italianos, sino “una sacrosanta” razón la que los empuja a evitar “studiare le lettere straniere”.<sup>17</sup> Es decir, no por conocer los gustos extranjeros mejorará la calidad de los escritos italianos, pues niega tajantemente que a un poeta

gli faccia mestieri conoscere i gusti di tutti i popoli, e le maniere tutte con che si mettono in uso le idee Storiche, Fisiche, Metafisiche, Teologiche.<sup>18</sup>

del mismo modo que para combatir la inundación de ideas y de frases comunes en la literatura italiana tampoco servirá de nada el estudio de las letras de otros países. De hecho, el único valor que hace posible la buena literatura queda definido por Leopardi con las siguientes palabras:

Scintilla celeste e impulso soprumano vuolsi a fare un sommo poeta, non studio di autori, e disaminamento di gusti stranieri. O noi sentiamo l’ardore di quella divina scintilla, e la forza di quel vivissimo impulso, o non lo sentiamo. Se sì, un soverchio studio delle letterature straniere non può servire che ad impedirci di pensare e di creare di per noi stessi.<sup>19</sup>

Por tanto, Leopardi entiende la traducción como estímulo a la imitación y como impedimento a la hora de crear, pues actúa en el escritor como un condicionante tan potente que se acaba convirtiendo en un modelo peligroso. Y en este sentido, el poeta augura, más adelante, que si se abrieran los canales de la literatura extranjera, todos los poetastros italianos irían a beber hasta saciarse en esas aguas de modo que, al cabo de diez años, cualquiera que escribiera en Italia se vería abocado “al pessimo”.

Sin embargo, al final de la carta, Leopardi deja un resquicio a la propuesta de Madame de Staël, pues acaba haciendo la distinción entre lectura y conocimiento de la literatura extranjera y su imitación. De hecho, no niega el valor positivo de la traducción; lo que quiere evitar es la mediocridad de las fáciles imitaciones, aunque en el momento de la conclusión, el poeta reitera su convencimiento sobre lo privilegiado de la literatura italiana cuya característica diferencial es “che è di tutte le letterature del mondo la più affine alla greca e latina”, que es la “sola vera, perchè la sola naturale, e in tutto vota di affettazione”.<sup>20</sup>

El final de la carta de Leopardi puede ser un valioso ejemplo para determinar, a modo de conclusión, las ideas fundamentales que produjeron la polémica y sus resultados posteriores. No sin razón, en el momento de la discusión, el poeta estaba empezando a modificar sus posturas reaccionarias en

política y descubría las nuevas corrientes románticas de las que se reflejarán en su poesía los valores más patéticos y subjetivos. En este proceso fue muy importante la lectura de Chateaubriand o del *Werther* y de las poéticas italianas de Di Breme y Berchet.

De hecho, en esta discusión se oponen dos factores que convergerán más tarde en propuestas igualmente románticas, aunque, sin embargo, en el momento del desarrollo del debate, aparecen como posturas encontradas en el ámbito de la cultura italiana. Por un lado, estaba la postura defendida por Madame de Staël y sus seguidores, que consistía en la necesidad de abrirse a las culturas del norte de Europa impulsoras de la nueva poética romántica; por otro, se mantenía la defensa de las señas de identidad de un país todavía sin unificar, que tardaría cincuenta años antes de ser una nación y que veía en las raíces clásicas una italianidad que debía defender, pues era su marca diferenciadora frente a las demás naciones europeas.

Por tanto, esta polémica no debe ser entendida únicamente como el enfrentamiento entre románticos y clásicos, entre progreso y regresión a valores neoclásicos o entre liberales antiaustríacos y facciones reaccionarias proaustriacas,<sup>21</sup> sino como una de las discusiones románticas en las que los contenidos más innovadores remueven la cultura junto a la innegable presencia del pasado y hacen posible la modernidad.

## NOTAS

1. Véase: Puppo, M., *Discussioni linguistiche del Settecento*, Utet, Torino 1966.
2. Cesarotti, M., *Saggio sopra la lingua italiana*, Stamperia Penada, Padova 1785, que tuvo dos nuevas ediciones *Saggio sopra la lingua italiana, seconda edizione, accresciuta di un ragionamento dell'autore spedito all'Arcadia sopra la filosofia del gusto*, Stamperia Turra, Vicenza 1788 y *Saggio sulla filosofia delle lingue applicato alla Lingua Italiana con varie note, due Rischiaramenti e una Lettera*, en *Opere*, v. I, Tip. della Società letteraria, Pisa 1800, recogido en la edición a cargo de M. Puppo a partir de la edición de Pisa, *Saggio sulla filosofia delle lingue*, Marzorati, Milano 1969.
3. *Ibidem*, p. 6.
4. *Ibidem*, p. 92.
5. Foscolo, U., «Intendimento del traduttore», *Esperimento di traduzione della Iliade di Omero di Ugo Foscolo*, per Nicolò Bettoni, Brescia 1807, ahora en: *Esperimenti di traduzione dell'Iliade*, a cargo de G. Barbarisi, Felice Le Monnier, Firenze 1961, p. 8.
6. *Ibidem*, p. 8.
7. *Ibidem*, p. 10.
8. De Staël, G. N., «Sulla maniera e la utilità delle Traduzioni», *Biblioteca Italiana*, I, n. 1, 1816, p. 9-18. Sobre la polémica que provoca esta carta, véase: *Discussioni e polemiche sul*

- Romanticismo (1816-1826)*, a cargo de E. Bellorini, v. I, Laterza, Bari 1943, ahora reeditado a cargo de A. M. Mutterle, Laterza, Bari 1975.
9. *Ibídem*, p. 16-17.
  10. Anónimo, «Sul discorso di Madama di Staël (v. il n. 1 di questo Giornale pag. 9). — Lettera di un Italiano ai Compilatori della Biblioteca», *Biblioteca Italiana*, I, n. 4, 1816, p. 3-14. El autor es Pietro Giordani, redactor de la *Biblioteca Italiana*, según indica Briamonte, N., *Saggio di bibliografia sui problemi storici, teorici e pratici della traduzione*, Edizioni Libreria Sapere, Napoli 1984, p. 39.
  11. *Ibídem*, p. 11.
  12. *Ibídem*, p. 13.
  13. *Ibídem*, p. 13-14.
  14. De Staël, G. N., «Lettera di madama la baronessa di Staël Holstein ai signori Compilatori della Biblioteca Italiana», *Biblioteca Italiana*, I, n. 6., p. 417-422. El director de la revista Giuseppe Acerbi, escribe una nota aclaratoria en la primera página del texto donde explica las razones que han llevado al consejo redactor a traducir y a publicar la carta de Madame de Staël: “Solleciti noi dell’onor nazionale, e ‘Italiani’ quanto ogni altro ‘Italiano’, crediamo servir meglio la nostra patria mostrandole e suoi difetti che esagerando le sue virtù. Crediamo che giovar possa all’Italia il sapere cosa pensino di noi gli stranieri”. Al final de su nota invita a “qualche Italiano” para que escriba una respuesta.
  15. Leopardi, G., «Lettera ai Sigg. Compilatori della Biblioteca Italiana in risposta a quella di Mad. la Baronessa di Staël Holstein ai medesimi», *Recanati*, 18 luglio, 1816, *Scritti vari inediti*, 1906; recogida en *Tutte le opere di Giacomo Leopardi*, a cargo de F. Flora, «Poesie e prose», v. II, Mondadori, Milano 1973, p. 597.
  16. *Ibídem*, p. 598.
  17. *Ibídem*, p. 599.
  18. *Ibídem*, p. 600.
  19. *Ibídem*, p. 601.
  20. *Ibídem*, p. 604.
  21. Se quiso ver a la revista *Biblioteca italiana* como un órgano del movimiento proaustriaco y antirromántico, y a sus redactores, entre los que destacaba Vincenzo Monti, que publicó en 1825 *Sermone sulla mitologia*, un manifiesto antirromántico en versos o a Pietro Giordani, el anónimo italiano que contestó a Madame de Staël, como impulsores de una batalla contra los liberales románticos que se agrupaban en torno al *Conciliatore*, una publicación quincenal que sólo duró desde septiembre de 1818 a octubre de 1819, pues después de haber sufrido la censura de los austriacos fue clausurada por su policía. Entre sus redactores se encontraban los más importantes teóricos del movimiento romántico italiano: Di Breme, Berchet, Borsieri o Visconti.